

Licenciada en Periodismo y Doctora por la Universidad de Sevilla.

Algunos de mis premios literarios:

- Primer premio del *I Certamen Internacional de Poemas Yolanda Sáenz de Tejada*. El Bonillo (Albacete). Noviembre 2010.
- Primer premio del *XVI Certamen de relato breve Isabel Ovin*. Carmona (Sevilla). Mayo de 2008
- Primer premio de relato del *IV Certamen Literario 'Carmen de Michelena'*. Beas de Segura (Jaén). Octubre de 2006.

Rocío Rubio Garrido

Segundo Accésit del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

LA VIGILIA MÁS LARGA

Almoraduj

Insomne. Obsesionado con la manecilla del minutero, que avanza cual apisonadora, arrasando la poca cordura que me queda a esta hora de la noche. Si pudiera masacrar todos los relojes quizás podría conseguir el sueño quimérico de la congelación del tiempo. Tendría una tregua para pensar, una sola vez, la dimensión que adquiere toda la puesta en escena que me espera mañana en la Facultad. El día de la defensa de la tesis. El momento que todo aspirante a doctor anhela, más trascendental aún que el día en que te contabilizaste, con estupefacción,





los primeros vellos de la zona genital, más pomposo que la puesta de largo de las señoritas cursis y provincianas.

Desde este ángulo de la cama puedo ver los dos tochos de quinientas páginas donde van hipotecados seis años de mi vida. Así, al primer golpe de vista, da fatiga abrirlos. Hay párrafos que me he llegado a aprender de memoria de tanto repasarlos, como el poema lorquiano de la infancia que nunca se olvida, verde que te quiero verde, me tiraría a un estanque algo así si no hubiera un empedrado bajo mi ventana. La niña del pelo verde se suicida en el poema, como algunas de mis neuronas, que sucumbieron a la muerte súbita provocada por la redacción de la parte bibliográfica de la tesis. ¿Me sobrevivirá en este momento alguna? ¿Resucitarán de golpe cuando empiece a recitar la defensa? Seguramente un rotulador gordo de punta roja esté anotando observaciones y palabrería diversa que arrojar cuando el atril esté listo, minutos antes de la ejecución, del veredicto final, apto o no apto, triunfas o te pudres, per secula seculorum. La eternidad se dirime en fracciones de segundos. Yo me palpo el cuello para asegurarme de que el nudo de la soga aún está flojo y cuento con posibilidades de desligarlo en un rápido movimiento de lectura.

Los nervios me quieren arrastrar otra vez hasta el ordenador. A revisar de nuevo la defensa para asegurarme de no tener ningún lapsus que facilite a mis jueces el ensañamiento. Defender la tesis ¿de qué? ¿de quién? Mi ópera prima, mi obra inédita descansa en la estantería a la espera de ser desvirgada mañana. Va a pelo, pulcra y perfumada de tinta buena, generosa en su voluminoso cuerpo de quinientas páginas. Quizás está poco lubricada por la aspereza del papel, grueso y blanco lechoso, al que será difícil que penetre-traspase el rotulador rojo, espero que de grosor medio. Mi pobre tesis, tan inocente y pura, temblorosa sólo

de sentir el manoseo de cinco jueces que la estarán sobando al mismo tiempo, como un aquelarre intelectual.

La repaso una y otra vez en el pdf del portátil, dejándome el dibujo del dedo índice en la tecla de la flechita que va pasando páginas. Y pienso. Pienso en el sentido de estar en desvelo esta noche, comiéndome la vista en la pantalla luminosa mientras escucho viejos éxitos de Nacha Pop. A esta misma hora de la noche en la que alguien andará de putas o bajo el neón de una discoteca. Alguien que estará quemando el presente mientras yo me construyo un hipotético y difuso futuro. La ciudad, con sus luces intermitentes y sus frenazos de coches, bulle ahí fuera mientras yo continúo emparedado en la mazmorra de mi habitación. Si todo sale bien mañana, habré conseguido ser libre.

Aún recuerdo el momento de estampar la firma en el papel rosa del Tercer Ciclo. La tentación de sucumbir a los placeres del prestigio social, de los salones culturetas con pase restringido. Que mira niño que un doctorado viste mucho, que es como decir que eres conde, o marqués, o lo que coño sea, pero que queda estupendamente ponerlo en las tarjetas de visita. El papel rosa, arrugado, olvidado entre los recibos de la luz, extraviado en algunas de las muchas habitaciones de alquiler por las que he pasado. La novia obsesionada con presentar un futuro marido doctor en casa. Y cualquiera le dice algo a Sandra, con el carácter que tiene. Su amenaza de dejarme siempre en el aire, proporcional a mi tentación de abandonar el tema de investigación. La pregunta machacona –¿cuándo vas a terminarla?– indigestando el aperitivo de las siete, las comparaciones impertinentes –mi vecino tardó sólo dos años– dinamitando la autoestima, la voz autoritaria achantando la mía, enterrada y miedosa. Sandra, ¿de verdad me quieres?



Mantengo sobre mi conciencia la losa de las esperanzas ajenas. Se supone que tendría que estar ilusionado. Nervioso como la noche previa de Reyes, cuando la inseguridad nos vence y tememos que Baltasar no haya sabido desentrañar nuestra caligrafía: ¿me traerán una bici de montaña o un monopatín chusquero?, ¿me darán el cum laude o un aprobado de mierda? Hace poco me llamó un colega para desearme suerte. Que no te noten nervioso, tío, que si no te despedazan vivo. Que esta gente huele el miedo a distancia. ¿Sabes? Yo conozco a uno que salió llorando. Y el cuñado de un amigo estuvo a punto de hacérselo encima.

—¡Basta, por favor! Si me sigues destripando historias seré yo el que me vaya de bareta.

Todo habría sido más fácil si le hubiera dicho a Sandra lo de la parcelita en el campo: mira cariño, nos hacemos agricultores y a bañarnos en pelota picada en los arroyos, como vivían nuestros antepasados. Todo habría sido muchísimo más sencillo si le hubiera dado el papelito rosa, el resguardo pastoso de la matrícula, amor, lo tiras a la basura o le dices a tu madre que empape en él los boquerones aceitosos. Pero ni Sandra tiene manos de granjera ni yo valor para hacer lo que realmente quiero en la vida.

Ya me la imagino con su vestido de trescientos euros en la primera fila del Aula Magna mañana, escaneando con minuciosidad todos mis movimientos para luego hacerme la crítica demoledora -te ha faltado firmeza-, el puntillismo superficial -tendrías que gesticular menos-, el protocolo innecesario -¿cómo se te ocurre remangarte los puños de la camisa como si fueras un cateto?-. Lo que se va a llenar la boca cuando



por fin proclame que su novio es doctor. Conociéndola, capaz es de escribirlo en el Facebook, si es que no se ha adelantado ya.

Sin duda tendría que haberme ido al campo hace mucho tiempo. Haber abandonado la atmósfera irrespirable de la biblioteca, con sus tomos polvorientos y paleolíticos, esperando el manoseo del investigador asocial. Todo para una gloria efímera. La carrera de obstáculos hacia la plaza inalcanzable, sumando puntos hacia ninguna parte, cruzándome con alumnos a los que les interesa más el botellón del viernes a las 12 que las estrategias políticas en la corte de Carlos III. Horas que pasé diseccionando documentos históricos en busca de un dato, de una fecha que no estoy seguro de que pueda interesar a alguien, ni siquiera a los jueces que a esta hora seguirán con el rotulador de punta gorda repasando líneas.

Oficialmente seré el que más sepa de la materia, incluso más que el propio Carlos III: mi fetiche, apreciado y empalagoso objeto de investigación. Mira que si le da por presentarse mañana en plena defensa y hacerme un juego de luces que me deje sin batería el portátil. Y ahora explícale tú a la peña que es el fantasma del monarca, que ha querido estar presente en el día de su homenaje. No sería la primera vez que un ente espiritual revienta una exposición. Si no, que se lo pregunten al de la garita de seguridad, que jura y perjura haberse encontrado con el espíritu del primer rector en un cambio de guardia.

Las seis de la madrugada. Dentro de pocas horas estaré en el patíbulo, delante de gente a la que presuntamente le interesa mi tema de investigación, o acaso simplemente les mueva el morbo por ver cómo es un apaleamiento intelectual en vivo y en directo. Esto supongo que lo



hemos heredado de la Edad Media, cuando la gente ociosa se arremolinaba en torno al sujeto que iba a ser quemado. ¿Lo rociamos con diesel o sin plomo? ¿Le aplaudimos o lo emparedamos otros seis años en la biblioteca? Si me animo a redactar una próxima tesis ya tendría tema sobre el que explayarme otras quinientas páginas.

Temo que el ataque de pánico me sobrevenga, que me tire por la ventana o que me haga el harakiri en mitad del Aula Magna, con el power point de bucólico fondo. Hay parejas de novios que anulan su enlace el mismo día de la boda, minutos antes de que entre la prima hermana con la pamelita rococó al interior del templo. Yo podría llamar al Departamento de Historia y decir que me lo he pensado mejor, que me voy a montar una granja con unas cuantas vacas. Que ahí se quedan. O no, mejor no. Si no leo la tesis el castigo infligido puede ser terrible. Me matan lenta y ceremoniosamente, o me despellejan y al día siguiente cuelgan lo que me quede de escroto en el campanario del Rectorado, para escarnio público de los próximos doctorandos que pretendan rajarse a última hora. Además, ¿cómo voy a poder mirar a los ojos a la copistera, después de hacerle repetir la encuadernación porque quedaba mejor el dorado en el lomo que en la portada? ¿Con qué cara le doy los buenos días a la del archivo, que hacía la vista gorda cuando le devolvía con un mes de retraso los libros? Y mi director de tesis para qué contar: es que no me vuelve a llamar más ni para reponer las botellitas de agua en las conferencias. Por no hablar de Sandra, que con un solo grito puede montarnos la segunda parte de Troya en versión 3D. Tampoco le puedo hacer la faena a mi madre, que me ha cosido unos botones nuevos al traje de chaqueta para que no pareciera que estaba pasado de moda, después del tiempo que llevaba invernando en el armario envuelto en su funda.

El campo, el aire sin viciar de los senderos de tierra y lodo. Sin libros, ni informes, ni papeles rosados que te hipotecan media vida amarrado a la silla de la biblioteca. Dejar tirada a Sandra a las puertas del Aula Magna, como quien deja tirada a la novia en el altar sin previo aviso, con su vestido de trescientos pavos recién estrenado, ridículo en su amaneramiento de burguesita que iba para noble. Todavía estoy a tiempo de llamarla. O de enviarle un sms -lo dejo todo cariño-, que es más cruel pero también más rápido, y a continuación apagar el móvil para guarecerme de su tormenta. Apenas cojo el teléfono se me viene a la mente los ojos ahuevados y glaciales de la copistera: "Ni se te ocurra hacerlo, chaval". Pero yo necesito actuar, romper a jirones el traje de chaqueta y correr en bolas por el monte, lejos de la urbe, donde no haya una universidad a trescientos kilómetros a la redonda. En un rápido cálculo, si emprendiera ahora la marcha, apenas lograría alcanzar los primeros pueblos dormitorio. No, no hay solución que valga. Chaval, mucho me temo que tu margen de maniobra es nulo en estos momentos.

Quizás hubiera quedado mejor la tesis encuadernada en espiral, sin portada de cuero ni chorraditas lujosas. Medio sueldo que me dejé en que quedaran las copias monísimas. Listas para engrosar la estantería del salón, sobre todo si se dispone de una decoración isabelina clásica. Lo malo es que los muebles sean de inspiración pop art. Entonces el tochaco desentonaría con el retrato de Marilyn Monroe, esa típica horterada que todo el mundo con aspiraciones vanguardistas coloca encima del plasma. No sé por qué, intuyo que por ahí van los tiros en materia decorativa de mis jueces inminentes. Con un rotulador rojo de punta gorda entre las manos sólo se puede ser fan de Andy Warhol. De haberlo pensado antes no me hubiera dejado los cuartos en la encuadernación de piel



buena. Hubiera encargado las tapas de plástico, o de charol brillante en un exceso de generosidad.

Y luego viene el banquete. Que esa es otra. Como me adjudiquen una nota chungu la voy a tener que invitar, sí o sí. Y ahora díles tú que no te los llevas de papeo después de aguantar los dibujitos del power point durante toda la mañana. Díles que andabas corto de dinero y que, en lugar de hacer reserva en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, te los llevas a un chino de los de barra libre por diez euros, a comer sopa de aletas de tiburón. Cuentan que hubo un doctorando que hizo algo parecido. Compró una barra de salchichón, dos latas de paté y varias litronas. Todavía está el chaval intentando acceder a algún puestecillo de auxiliar o de profesor asociado. Y lo que te rondaré, moreno, que estas faltas de protocolo hieren la susceptibilidad de la crema catedralicia.

Las siete de la mañana. A esta hora imagino a Sandra repasándose el flequillo con la plancha de mano. Si se apura puede que le de tiempo a aplicarse una segunda capa de brillo en la manicura francesa. Las mismas uñas que me echarían la cara abajo si se me ocurriera meterme debajo de la cama. Todo esto por ti, Sandra. Hasta la fecha de la defensa, este 4 de julio, la elegí para que coincidiera con el día de tu cumpleaños. He aquí mi más sacrificado regalo. En pocas horas tendrás a tu flamante doctor. Y entonces podrás restregarle al resto de la familia que has sido la que ha aspirado más alto. Que has triunfado. Nada de diplomaduchos ni de empresarios fracasados, como las desgraciadas de tus hermanas, que se avergüenzan de lucir a sus maridos en las fiestas navideñas. Doctorcísimo en Historia, que para eso el chico tiene buena capacidad memorística. Aunque gane una miseria limpiando el polvo de los libros

descatalogados y tenga que llorar para que le renueven la beca-contrato. Sandra, querida, hasta dónde habré llegado por ti.

Una hora para la puesta en escena. Voy desdoblado el pantalón sin prisas, deleitándome en esta ceremonia que son los prolegómenos del discurso solemne. No he dormido nada, aunque creo estar lo bastante lúcido como para distinguir al tribunal de la plebe desarrapada que acuda a mi juicio. No la puedo joder a última hora, me digo. Hazlo por tu departamento, por la copistera, por Juana la Loca a quien le dedicas con cariño las quinientas páginas en su descanso eterno, por los historiadores que te precedieron en las galeras de los bancos bibliotecarios. Recuérdales a todos cuando salgas del portal rumbo a tu defensa y sientas que la anomia existencial empieza a vencerte. Has ido demasiadas veces al Aula Magna como para perderte esta vez por el camino. Aunque la línea del horizonte te tienta a lo lejos y te susurre que estás a tiempo de escaparte hacia un exilio agreste. Aunque la banalidad de este mundo se cierna sobre las páginas de tu tesis. Por los trescientos pavos del vestido de Sandra y por lo bien que le han quedado las uñas: tienes que leerla.